Perdonar nos sana

PALABRA DE DIOS

En aquel tiempo, se adelantó Pedro y preguntó a Jesús: «Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?»

Jesús le contesta: «No te digo hasta siete voces, sino hasta setenta veces siete.

Y a propósito de esto, el reino de los cielos se parece a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así.

El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo:

"Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo."

El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda.

Pero, al salir, el empleado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba, diciendo: "Págame lo que me debes."

El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba, diciendo: "Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré." Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: "¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?" Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano.»

Mateo 18, 21-35

REFLEXIÓN BREVE

¿Hemos comprobado que perdonar merece la pena? ¿Que quien más se beneficia del perdón es el que perdona? Jesús lo tiene claro. El Padre nos perdona totalmente y el Padre es plenamente feliz. Dios quiere lo mejor para todos. Todos somos sus hijos.

Seguramente tenemos la experiencia de que cuando no perdonamos, algo por dentro nos inquieta, algo nos quita la paz, estamos en tensión y hasta el cuerpo se resiente.

Quizá a veces nos falte saborear el perdón de Dios, la experiencia de su acogida total.

Hoy el evangelio nos invita a pararnos, a observar el contraste entre la actitud de Dios con cada uno de nosotros, conmigo y mi actitud cuando tengo que perdonar, muchas veces, pequeñas cosillas del día a día.

Qué bonito si el funcionario a quien su compañero le debía una cantidad no muy grande, hubiese sido capaz de dejarse alcanzar por la actitud de éste y le hubiera al menos levantado del suelo y comprendido. Hasta podrían haber ido juntos a celebrarlo.

ORACIÓN

Esta mañana, Padre, ahora que está saliendo el sol, se ilumina la tierra y sentado en la calma de un día que se estrena, voy sintiendo en lo profundo de mí, la paz que tu acogida me brinda. Puedo mirarte a los ojos porque en ellos solo veo amor. Se te han olvidado mis malas artes, mi egoísmo, mi comodidad, mi olvido de los que no tienen nada, de los que sufren. Tu mirada llena de amor me mueve a perdonar a quienes me han hecho alguna faena, a quienes me caen mal, a quienes pienso que son mis competidores.

Me siento también animado a salir al encuentro de los que no tienen nada, de los abandonados, de los que pasan hambre y frío; a ellos también les pido perdón, les extiendo mi mano.

Ayúdame, ayúdanos a salir a su encuentro porque a nosotros se nos ha regalado todo y nos sentimos unidos a ellos. La generosidad de tu perdón remueve mis entrañas, que sean siempre entrañas de misericordia.

ENTRA EN TU INTERIOR

¿Me hago consciente del regalo del perdón de Dios?

¿Qué siento, cómo me encuentro cuando me es difícil perdonar y no salgo del laberinto en que me encuentro?

Quizá más de una vez he sentido que debo pedir perdón al pobre que encuentro en mi camino, al migrante con el que nunca hablé, al anciano al que no sonrío, al que me tiende la mano y paso de largo.

ORACIÓN FINAL

Te pido, Señor, que vaya desarrollando este sentido de conexión con todos, que entienda la debilidad y el sufrimiento del que creo que me ofende, que comprenda su dolor y sepa tender la mano.

Que valore tu perdón incondicional y que nunca se ponga el sol de cada día, en mi vida, sin haber perdonado de corazón.